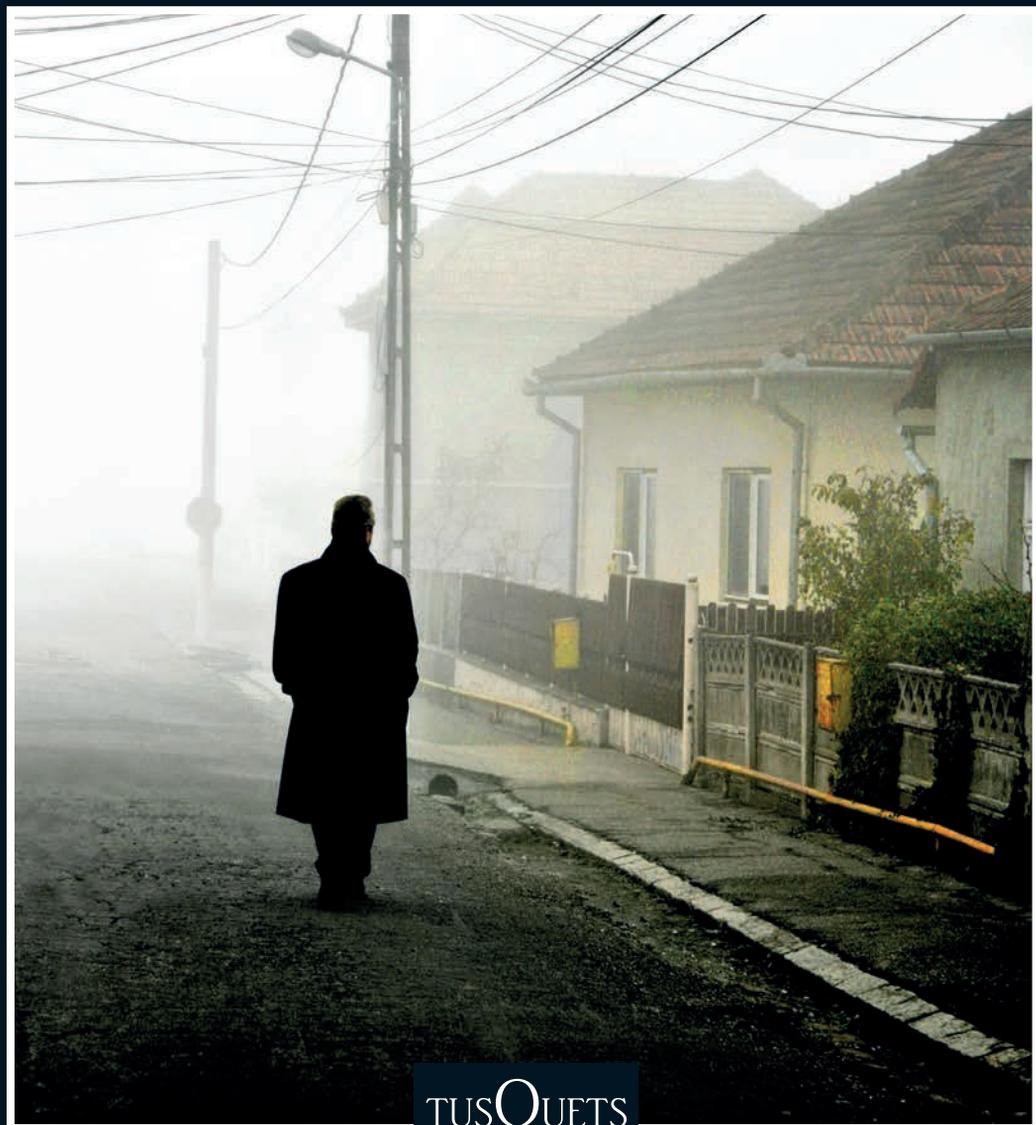


Ramiro Pinilla

EL HOMBRE DE LA GUERRA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAMIRO PINILLA
EL HOMBRE DE LA GUERRA

TUSQUETS
EDITORS

1.ª edición: septiembre de 2023

© Herederos de Ramiro Pinilla, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-334-9
Depósito legal: B. 13.468-2023
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

1. Es el fin.	9
2. La puerta cerrada	15
3. El cura de San Baskardo.	31
4. También se entierra con sol	47
5. Una noche de trabajo.	61
6. Reconstruyendo	73
7. <i>Ars dramática?</i>	89
8. Regina pide la foto	101
9. El hombre de la guerra.	113
10. La recalcitrante Regina	125
11. Una Regina de madera	139
12. El extraño escultor	147
13. Al pie de la escalera	163
14. El hule	181
15. Sangre de otro tiempo	197
16. En busca de una víctima	209
17. Tallas en el desván	225
18. El paganismo de la tía Flora.	241
19. Los enterradores	275
Sobre <i>El hombre de la guerra</i>	289

Urko Pínaga tuvo la penosa impresión de que acababan de abrirle una casa con muerto. El presentimiento no arrancó sólo de la bocanada de silencio espeso que brotó del interior. Pensó que era lo menos que podía esperar de aquel mundo acabado que pisaba por primera vez desde la guerra.

Al dar su nombre, la mujer de la puerta se puso a profundizar en los parentescos de la familia. Urko advirtió el potente esfuerzo de sus cejas por situarlo en la estirpe de los Pínaga.

—Soy el sobrino de Inglaterra —la ayudó.

La mujer tenía un aspecto roqueño. La tonta sonrisa que cruzó su rostro fue arrasada por el aire de luto con que apareció en el umbral. Por unos instantes Urko se deleitó con sus rasgos del inconfundible grupo biológico de Getxo. La mujer se apartó para dejarle pasar.

—De modo que es el sobrino de Flora —bisbi-seó—. Siempre creí que Inglaterra estaba más lejos.

Urko dejó la maleta en el suelo y la miró sin comprender.

—Yo no sabía nada —dijo. Y se sorprendió preguntando roncamente—: ¿Cuándo ha muerto la tía?

—Hace siete horas. —La mujer ahogó la respiración—. ¿Cómo sabe que se trata de ella?

Urko recibió la noticia sin el menor asombro. Dejó atrás los ojos que le contemplaban con terror y la voz que exclamó sordamente: «Después de más de treinta años llega justo cuando...». Avanzó por el largo pasillo orientándose por los recuerdos de infancia. Tuvo la impresión de que la casa se había reducido. Sin detenerse acarició el maldito arcón de roble tallado que entorpeciera sus carreras en bicicleta. Un instante después le pareció que flotaba en el vacío. Se detuvo para analizar la impresión. Intuyendo la causa, golpeó la tarima con el zapato y sacó un ruido a hueco enteramente nuevo. Así supo que la penumbra del pasillo no contenía los muebles y cachivaches de otra época. Urko quedó conmovido por la precisión de sus recuerdos.

Del fondo del pasillo arrancaba la escalera interior, y a su derecha estaba el dormitorio de la tía Flora. La seguridad con que se movía parecía indicar que vivió allí la víspera. Sin más muebles que la cama y un banco, con las paredes lavadas de cuadros y cortinas, la habitación ofrecía un aspecto árido. La figura de la anciana ocupando en el lecho el punto exacto de los

muertos, la tuvo por la conclusión natural de la historia de Mallatu.

Notó en su piel la atención de las mujeres que hacían la vela alineadas contra la pared. No dejó traslucir ninguna sensación, en parte por desaliento y en parte por no darles gusto. De una ojeada meticulosa a la estancia Urko recuperó todo el pasado. El viaje de su mirada acabó en la tía Flora. Los cuatro velones encendidos formaban a su alrededor un rectángulo perfecto, sacando a su rostro palpitaciones blancas. Urko se había confiado en exceso y el choque contra la realidad de aquella carne de mármol le metió una piedra en la garganta. El peor momento lo pasó al advertir la semejanza de aquella expresión con la de su propia madre.

—No te esperábamos hasta mañana, Urko.

La frase lo sacó de su abstracción, destacándose en la penumbra descubrió a su lado un bulto de mujer.

—Soy Regina —susurró la misma voz.

Ahora le correspondió a Urko tratar de situar aquel nombre en la familia. Pensó en la posibilidad de que fuera una simple vecina.

—Muchas gracias por acompañar a mi tía —aventuró.

Sintió que le cogían de la mano y lo sacaban del cuarto. Salvó medio corredor conducido como un niño. Allí seguía la mujer que le abrió la puerta, inmóvil junto a la maleta. La oscuridad del interior vol-

vía los objetos poco convincentes. Urko llegó a perder la pista de sus recuerdos de infancia y no supo en qué cuarto lo metían. Una firme presión en el hombro lo dejó sentado en una butaca. Luego la estancia tembló bajo la luz tenue de la lámpara de mesa y Urko vio sentada frente a él a una sonriente muchacha de treinta años.

—Mamá me llamaba Reina.

Urko recorrió la frase letra por letra hasta ponerla de pie. «Claro, Regina», pensó.

—De modo que somos primos —dijo.

—A veces, las familias deben recurrir a los velorios para conocerse.

Urko apreció en ella la cordialidad natural de las gentes de su tierra, aunque no dejó de advertir que el tono de ironía de su frase era más bien forzado. No acertó a descifrar en qué se basó para creer que en realidad estaba asustada. «Es natural», pensó enseguida, admirando su ánimo. Gastó un rato en tratar de encubrir su desaliento a fin de acomodarse a la anacrónica vitalidad de aquel miembro de los Pínaga. En la culminación del esfuerzo recordó abruptamente que Regina no llevaba la sangre de la familia. Urko metió en el cuerpo un suspiro que se fundió con la derrota de sus huesos. Se levantó y fue a disimular su depresión junto a los cristales de una ventana. Durante un par de minutos ella respetó su silencio.

—Es el fin —pronunció luego la muchacha.

Urko se volvió al sentirla a su lado. Le pareció una mujercita tierna, de ojos vulnerables. En ese momento descubrió que era detrás de esos ojos donde se agazapaba el miedo. Vestía con el desaliño propio de las personas que tienen vida interior. Urko observó que su mirada se dirigía desde el principio al otro lado de los cristales. «Es el fin», le oyó murmurar por segunda vez. Entonces, a la luz de las siete de la tarde, vio la excavadora detrás de la tapia del jardín.

—¿Qué espera ahí ese monstruo? —preguntó. Comprendió con una sacudida que ya conocía la respuesta.

—Mamá acaba de morir —dijo Regina—. Y pronto, Mallatu también desaparecerá.

Urko presintió que aquello ultimaba la consumación. Se abandonó por breves instantes al gozo lacerante de saborear la precisión con que se construía la tragedia.

—¿El Ayuntamiento? —preguntó.

—Sí, nuestra casa obstaculiza la nueva urbanización.

—La tía Flora no lo verá.

Urko miró a la muchacha.

—¿La mató este disgusto?

—¿Quién sabe de qué nos morimos? —preguntó, a su vez, Regina—. Mamá sufrió esta madrugada una perforación de intestino. Ha muerto en la mesa de operaciones. Te envié el telegrama al mediodía.

Urko giró con el primer movimiento juvenil que realizaba en mucho tiempo.

—¿Esta madrugada empezó todo? —preguntó.

—Sí.

—¿No hubo ninguna alarma anterior? ¿Nada hizo pensar que ella...?

Regina negó con la cabeza. Urko clavó en ella una mirada profunda.

—Yo no he recibido ese telegrama. Estoy aquí por la carta angustiosa que hace unos días me escribió la tía Flora.